

JUSTO JORGE PADRON: "DIEZ AÑOS DE POESIA"

Cinco libros en una década. Este es el número de las contribuciones de Justo Jorge Padrón al extenso y variado caudal de nuestra lírica.

Pero el caudal, como se ha dicho, es extenso. Y sus afluentes, de distinto orden, calidad y transparencia. No todos aportan el mismo cauce pleno. No todas las aguas son potables. Las hay incluso venenosas. Saber de qué ríos puede beberse (oficio tan difícil como conocer las setas y sus características de buenos y mortales sabores) es tarea que corresponde ir haciendo en este oficio de la vocación crítica. Y poner, en la medida de lo posible, a cada río en su lugar, a cada gota de agua en los límites de calcios y cloros que comporta.

Con esta voluntad he releído uno tras otro los libros de Justo Jorge Padrón para ir sacando, sin agotar lo inagotable, algunas características generales de su obra, algunas características particulares de cada poema.

Empecemos por lo primero. Si algo puede quedar claro para todo lector de esta obra es que su trasunto es una biografía (una «vita d'un uomo», diría Ungaretti) que se nos desvela y se nos oculta a la par, porque en ella hay siempre situaciones personales—e incluso muy íntimas—, pero escondidas por esa sabiduría poética que conoce que, sin el velo, Isis es sólo un muro de piedra contra el que choca, rebotando a su origen, la palabra poética.

Biografía, pues, pero no desmedida, desbocada y fatalmente extrovertida. Sino biografía consciente y sabia e incluso en lo irracional: trazada bajo puentes que conocen su cantar ensimismado o ligero, hondo y oscuro o vertical y claro, como la aguja de un ciprés anclada en lo profundo de la superficie.

Y enraizado en el orden de las cosas, en esa historia y en ese lugar que necesariamente ocupa cada factor humano por privado que sea, ¿de qué herencia procede el testigo que aferra la firme mano de estos cinco libros? No cabe, desde luego, entroncarlo con el grupo castelletiano de los «novísimos», que tantos quebraderos de cabeza ha dado a la crítica y que, aunque tomado por tantos como un punto inevitable de referencia, tiene hoy más de anecdótico que de vigente. Y menos aún a los

«postvenecianos», que surgieron en ese mismo olor culturalista. Ni a los autores de los pronunciamientos o manifiestos disidentes, en donde las propuestas de ruptura literaria, de alquimia poética hecha en matrices y peroles de irregular tamaño, han ido surgiendo a lo largo de estos mismos años. De nadie de éstos procede ni a ninguno le deben cosa alguna los distintos poemarios de Justo Jorge Padrón, que saben pronunciarse sin «ningún ruido ni ningún silencio».

Porque en los afanes para alcanzar una poesía equidistante entre lo bello-irracional y lo comunicable-humano es donde ha ido, lejos de la sanción de los eruditos, pero igualmente lejos del arma arrojadiza que se entendió en algún momento que debía de ser la lírica española, a buscar sus acentos personales esta obra. Y por eso cabe calificar a este poeta como nacido de una visión insular (es decir, intermedia entre dos continentes), que hace cumplido honor a su origen canario.

La preocupación entre la experiencia vital y la expresión regeneradora es lo que, a niveles históricos, con más claridad lo identifica. Son poetas de la estirpe de Angel González, Gil de Biedma, Valente y Francisco Brines quienes, por su modo de dignificar la actitud lírica, sin perder ni un ápice de su preocupación por los hechos humanos—sean éstos estéticos, eróticos, sociales o ideológicos—, han dejado ese canal accesible por el que se abre paso, con maneras de bogar bien singulares, la poesía de Justo Jorge.

La estructura profunda de esta poesía advertirá el lector que se basa, como en los libros del Zen Avesta, en dos principios antagónicos: la esperanza y la desesperación. Los impulsos salvadores—que reflejan amor, odio e incluso egoísmo (pues nada puede salvarnos tanto como la autoestimación)—y los principios destructores—la apatía, la desgana, el desamor (que es una forma menos estimulante y vibrátil que el odio) y el desengaño de la propia imagen.

Estas líneas, que se alternan y entrecruzan en divergencias ascendentes y descendentes en cada uno de sus libros—y cuyo trazado gráfico nos esforzaremos luego en estimar—, existen desde el primer momento y son perdurables a lo largo de toda la década poética, que inicia Justo Jorge Padrón con *Los oscuros fuegos* y culmina con *Otesnita*.

Desde el plano estilístico, con variantes léxico-semánticas que adquieren su mayor nivel en *Los círculos del infierno*, cabe observar una idéntica fidelidad a unos supuestos que abarcan el conjunto de esta poesía dentro de un buscado, sostenido y fervoroso clasicismo, bien ajeno a la «vanguardia» y su probada e ignorante inocencia.

Las variantes aludidas y, sobre todo, el paso de la digresión a la síntesis es lo que nos vale para argumentar que en el transcurso de los versos de Justo Jorge Padrón existe una investigación constante, una

depuración de líneas en el camino emprendido, aunque, claro está, no de la índole del aniquilamiento de los significados que ha reducido a nada la comunicación verbal. No es ésta la poesía que sigue las huellas de Mallarmé o Apollinaire y que a tantos se les ha atragantado a mitad del gollete. Al contrario, todos los versos de Justo Jorge Padrón, incluso los visionarios, los desesperados y los oníricos, son inaceptables para quienes se esfuerzan en esclarecer los seguros trasfondos de sus alusiones.

Se entiende, pues, que estamos ante dos cosas básicas: una poesía profundamente enraizada en la experiencia vital—de la que nace y a la que conduce—y una poesía que se mueve en los límites de un gusto clásico, con metros tan tradicionales como el alejandrino, el endecasílabo y el eptasílabo castellanos.

Justo Jorge no es poeta de la fantasía (aunque sí que lo sea de la imaginación), puesto que no *fabula*, sino que *cuenta*. Aunque su contar, todos lo entendemos así, es una elevación a lo fictivo. No se trata de la hueca fabulación que no pisa en el terreno de lo real, sino de un mundo en el que lo imaginario e incluso lo irracional tienen apoyo en la experiencia. Está aquí vivo lo irracional del cuerdo, no lo del enajenado. Y esta irracionalidad del sentimiento, del impulso, de la desmemoria o la alucinación, que son propios de todos los seres humanos por asentada que tengan la cabeza, elige aquí soluciones especiales para su intensificación verbal.

La actitud ante el tema y su concepción respetuosa de la palabra lo inclinan hacia ese tipo de poetas *sagrados* que distinguiríamos de los poetas *profanadores*, pues no intenta romper con más cadenas que las aten su necesidad de expresarse en la dimensión absoluta de su sensibilidad.

Avanza, sin embargo, y esto es lo que trataremos de demostrar en estas páginas, como la hilera de hormigas que conoce, pese a su ceguera, el rastro del camino que llega a su refugio.

Avanza y profundiza. Porque también es digno señalar que cuanto más concisión, cuanto más desnudez y soltura ha ido adquiriendo su verso, ha sido igualmente capaz de descubrirnos interioridades más oscuras, pozos más sombríos, arenas movedizas menos observables que las que aparecían en sus primeros libros.

La imagen y la metáfora, el juego imaginario y la voluntad de creación verbal, que tanto existen en esta poesía, son por fortuna menos fuertes en ella que la deuda con la verdad anímica. No se utilizan con gratuidad. En el orden de jerarquías que todo autor establece, la más importante debe ser siempre la de la propia identificación con el texto que hace. Y de esto surge una trayectoria poética que ha sabido ser fiel

a sí misma a lo largo de una década, y sabe navegar con la seguridad de un artífice al que el conocimiento de los recursos literarios no ha podido ocultar la necesaria emoción de lo comunicado.

LOS OSCUROS FUEGOS

Dentro de esta dualidad señalada entre los impulsos salvadores (o zonas emergentes) y los principios destructores (o zonas de inmersión), el título de este primer libro se abre a la paradoja: hay fuegos, es decir, luminosidad. Pero éstos son oscuros, es decir, carentes de luz.

El novelista Ernesto Sabato suele decir que los mejores títulos son la metáfora de su contenido. El título es aquí metáfora expresiva que plantea una doble simbolización: la del fuego, como vivencia, y la de la oscuridad, como olvido. Sólo la evocación puede reintegrar luz al fuego olvidado, pasando de la oscuridad a la existencia. El poema «Una fiel permanencia» nos ayuda a establecer esta primera clave:

*Calles perdidas, vericuetos
de otros países a los que el azar
me condujo, tomaban forma antigua,
indomable esplendor.
Relojes de otras horas
marcaban los oscuros fuegos
del pasado...*

La salvación por el fuego—esa fórmula de las purificaciones ibéricas, incomprensibles sin la brasa y la sangre—hace arder las llamas de la memoria, que constituye la verdadera resurrección vital. Al menos, lo que se recuerda no está del todo muerto e incluso la capacidad selectiva de nuestro olvido puede adornarlo de la mayor belleza, escondiendo otros hechos en la total inexistencia, según la propuesta de Luis Cernuda cuando hablaba de «olvidar un olvido». La vivificación de este pasado brillará en las llamas de poemas como «Igual que el primer día» o «Eres durable», pero contrapesada instantáneamente por sus réplicas oscuras, en textos *oscuros*, como «Primera ausencia» y «Si alguna vez».

A medida que el libro avanza, las referencias al placer, a la felicidad y al bienestar íntimo se van adelgazando en aumento de sus referencias opuestas. De modo que a medida que las llamas son menos apacibles porque un viento interior las incrementa, la réplica de la destrucción se hace más grave en poemas de orden y filosofía existenciales, como «Se acerca el solitario» o el situado como cierre del libro, cuyo título indica de por sí el peso de la mayor desesperanza: «Hoy es tu corazón un tanto inútil».